

José Sendín Blázquez. Provisional. Montehermoso y Garganta la Olla

La supervivencia de personas, lugares, tipos y efectos celtas en el norte de Extremadura es un hecho aceptado sin discusión.

Cuando los romanos colonizaron nuestra región, trazaron las vías de la Plata y de la Dalmacia como arterias de comunicación alrededor de las cuales funcionaron los asentamientos de los vencedores. Los pueblos hispanos, con numerosa asentada y tradición en esos lugares, fracasados los envites de los lusitanos y vettones, tuvieron que replegarse hacia aquellas tierras que despreciaron los colonos de Roma.

En las tierras, por ejemplo, de Tormantos y en los barbechos situados a la derecha del Alagón se situaron los pacíficos residuos de unos hombres a quienes se les tolera sus costumbres y creencias.

No resulta raro encontrar en Piornal selectos tipos pelirrojos, que nos recuerdan las mejores simientes prerromanas.

El doctor Sayans en Serradilla estudió un interesante «tesorillo» de ascendencia celta.

En los pueblos cercanos a las serranías del Calvítero hemos encontrado estelas y figuras de dioses autóctonos.

Desde las riveras del Alagón hasta las últimas montañas de Las Hurdes se conservan grupos casi intactos de gentes a quienes Roma apenas si les molesta dada la pobreza de sus tierras y productos. Contraste flagrante frente al templo de Fuentidueñas, la torre de Ambroz, los baños de Montemayor, los fuertes amurallados de Coria o el sabarritismo de la placentera Cáparra.

El tiempo se ha encargado de olvidar o destruir muchas de estas cosas. Quedan, con todo, unos pocos recuerdos de aquellos pueblos que llenan

de peculiar orgullo a sus descendientes.

Vamos a ocuparnos de algunas reminiscencias que sobrevienen ante la admiración de todos pero que no siempre hemos sido capaces de admirar en su total profundidad porque nos parecen, aunque bellas, cosas demasiado pequeñas. Nos estamos refiriendo a las típicas gorras o sombreros que se fabrican, aún artesanalmente, en Montehermoso. En nuestro estudio además nos tenemos que referir a las concomitancias que guardan con otros sobre todo en Garganta la Olla. Den entrada pensamos en la antigüedad y en otros pueblos también se utilizó este atuendo más o menos mistificado, adorno común de una región. Así en las cercanías de Barco de Ávila, se utiliza un tipo de sombrero relacionado con los de Extremadura. Pensamos además en algunos otros lugares (Malpartida de Plasencia, El Torno, Serradilla ...) donde las gorras pajizas entre otros debieron llevar soles o estrellas hoy desaparecidos por una razón muy sencilla, porque han perdido sus características de adornos festivos.

Los dos ejemplares que vamos a estudiar principalmente, se complementan íntimamente. Ambos se orientan hacia nuestra dependencia ancestral relacionándose directamente con los ritos y creencias de la fecundidad y la procreación: la supervivencia de la etnia.

El de Montehermoso se nos presenta hoy con mayor profusión de adornos (algunos quizás añadidos), convertido desde luego en un producto de venta artesanal corriente.

El de Garganta sigue reducido al enclave típico de su lugar de nacimiento como un recuerdo más mítico y misterioso, al mismo tiempo que menos conocido y celebrado y en consecuencia mucho más virginal.

La gorra de Garganta la Olla se utilizó principalmente para el baile. Baile que se presentaba en una doble vertiente religiosa y profana. Ambas referidas al mismo hecho intencional.

En este sombrero destaca un racimo de flores y un espejito redondo montado sobre piel de conejo. Se trataba del colofón a unos trajes blancos y rojos, llenos de encajes, puntillas, cintas de colores y pañuelos de seda. En los momentos del baile religioso acompañaba el famoso ramo, estereotipo para sacralizar la naturaleza dentro de los lugares sagrados. Se actuaba, al igual que hoy, en las fiestas de la Visitación. María con el hijo engendrado milagrosamente en sus entrañas marcha a llevar un mensaje de vida a su prima Isabel, que se encuentra en sus mismas circunstancias grávidas.

Las danzas que se bailan, y a las que ya alude Cervantes en su novela la Gitanilla, son danzas de fertilidad. Los mismos nombres de las bailarinas nos lo indican pues reciben ordenadamente el nombre de madres, tras madres, poses y rabiconas. Gradación interesante de interés procreativos. A

todas las dirige un guiador que aquí recibe el nombre de padre, director o maestro. El se encarga de presentar orgullosamente dentro de los ritmos del baile o del ofertorio a cada una de las danzarinas, para que el público, los antiguos pastores bajados de la montaña, se fijen en sus damas seleccionadas para madres. Selección que no significaría entrega, pues cuando la moza regrese a su casa no podrá ir sola sino acompañada velando la intangibilidad de la doncella hasta que llegue el momento pactado por la costumbre y la religión para luego convertirse en esposas y madres. Se realizará sobre tálamos nupciales festoneados con puntillas inmaculadas donde se gravan los mismos símbolos.

Aparece así un entramado andamiaje de creencias míticas muy propias de los pueblos hispanos: mujer-animal- árbol-vida, girando en torno a misteriosos símbolos. Incrustados en la cara anterior del casquete vertical, simbolizan la luz, la vida, la fecundidad, protegidos por el dios que los celtas grabaron en todas sus estelas, adornos y vestidos.

No debe resultar extraño que en este tipo de danza fértil donde las tres formas de vida: animal (piel de conejo), vegetal (flores), humana (danzarinas) intimadas se elevan hacia lo alto, pidan con candorosos rit-

mos de baile la fertilidad para la supervivencia del ancestro, primero a los dioses tribales y luego, ya cristianizados, en el proyecto religioso que inventó la Iglesia para encauzar las apetencias del paganismo. Para esto último nada mejor que Santa Isabel o La Visitación en Garganta la Olla y Santa Ana en el Madrid cervantino.

La simbología de la luz solar con estas mismas intenciones de fertilidad, las encontramos perfectamente estructuradas en la gorra de Montehermoso.

Ahora nos hallamos frente a una prenda ampliamente evolucionada y puesta en manos de unas mujeres que quizás la dedicación al marido, menos serrano y más labriego, al menos en ciertas épocas, podía contar con más tiempo y competencia selectiva.

En Garganta los hechos se abreviaban porque la mujer casada tenía que acompañar al marido para en su choza serrana completar los trabajos derivados de su pastoreo: fabricar quesos, tortas, cuajadas, mantecas y requesones.

Aquí en Montehermoso las circunstancias se presentan muy distintas. Las hembras normalmente conocidas, debían atraer más llamativamente con sus reclamos. Mostrar con claridad sus facultades femeninas, ensalzar sus atractivos, sin llegar a seducir con engaño las apetencias de sus admiradores. Los bailes de exhibición se celebraban cada quince días y el domingo sin baile se le conocía como irrelevantes.

Por eso aumentan los adornos y colores que engalanan a los jóvenes, con relevancia especial para significativo sombrero. Algunos hasta quieren que también el espejo tenga relación con los momentos fundamentales de la situación genética de la mujer: viuda, casada, soltera.

Nos parece que tanto no resulta necesario. De alguna manera indicativo sí pero no absolutamente obligatorio. O lo que es lo mismo: se trata de una costumbre añadida y posterior. Lo contrario sería como si la mujer lacera-

da por el dolor o por los años se la quitara oficialmente el amparo de los dioses o el aprecio de los humanos. El sol en sus comienzos fue un signo deífico. El espejo reemplazándolo sin perder su significado substitutivo tiene un sentido utilitario. Su uso dependía en parte de la psicología de la persona y de la fuerza poderosa del ambiente.

El sombrero de Montehermoso es original y único. Visto de perfil nos recuerda la silueta de un ave, digamos de un cisne, intentando descansar tras descender de la altura. Por delante es un casquete, en cuyo centro se encuentra el disco solar simbolizado por una estrella o un espejo que se asienta sobre las alas laterales y la visera, adornado de todo tipo de flecos y colorines como el pecho mítico de los pájaros multicolores cuando se engalanan para emparejarse allá por la primavera.

Los laterales del sombrero cubren el lóbulo superior de la oreja dejando al descubierto la parte inferior de donde colgarán los pendientes de formas diversas una de ellas, la solar. La parte delantera se va alzando parcialmente para dejar al descubierto todos los elementos esenciales de la belleza femenina, cuyo centro necesariamente han de ser los ojos, espejo del alma humana. Del cuello colgará collares y abalorios de riquísima orfebrería y trabajo, destacando la llamada cruz de lazos o pingayo y el galápago engarzados en estrellas y bolas enterizas y caladas o simplemente gargantillas colgadas de una cinta.

La gorra por detrás se eleva en forma de U invertida para que los dos alones custodien al mono, más o menos alto pero sustancial en la mujer celta y que ataba con una cinta llamada «tranzaera». Se cubría con pañuelos de colores muy diversos, siempre vivos y llamativos.

Toda la gorra se salpica con adornos de estrellas, corazones, hojas, círculos, claveleras, espigas, harmientos, asas ... alusiones al mismo carácter simbólico. Quizás el tiempo y la prisa han introducido algunos carentes de simbolismo y que debían eliminarse en pro de su pureza original.

La profunda verdad de estos aparentes detalles intrascendentes nos la expone magistralmente Doña Ángeles González Mena en su catálogo - estudio de la colección Pérez - Enciso.

La clavelera se forma con un ramo naturalista por lo general simétrico, de hojas redondeadas hechas con franelilla de colores. Las semillas se sustituyen por botones. El ramo dispuesto sobre tejido surge de un corazón y va cercado por una labor denominada «asas».

Corazones floridos se ven también en las camisas del hombre de Montehermoso. Esta conjunción de corazones y de flores tal vez no sea una simple suma, posiblemente tenga un significado más hondo, como el nacimiento de los hijos surgidos del amor, o el corazón el corazón enamorado lleno de vida y primavera o las flores silvestres que el novio cogía en el campo para su amada.

El corazón aparece también justo a la espiga, recortada en tela y se bordea por labor de cordoncillo de paja, formando asas en su interior se distribuyen botones blancos de nácar. A uno y otro lado se disponen espigas recortadas en tela, con esquema simétrico y geometrizado. Determinadas canciones han relacionado siempre el amor con el buen trigo y, probablemente, su simbolismo se fundamente en el hecho de que el trigo bien macerado da buena harina y buen pan. Así el amor bien sacrificado dará buenos frutos.

La estrella se dispone en la zona alta del casquete, con ocho elementos, en la forma de punta de flecha. Puede ser símbolo del buen destino, de la buena estrella, con un sentido mágico de la vida.

El llamado «ojo de perdiz» se identifica con la misma decoración que aparece tan repentinamente en las camisas y paños funerarios conocido como la cinta enlazada o símbolo de la eternidad. Este valor es recogido también por el arte en general y, sobre todo, por las Artes decorativas. Es probable que haya sido tomado como simple elemento de adorno pero también co-

mo signo de amor eterno.

Las «asas» simulan unas presillas que pretenden identificarse con los jardines o cairelillos que llevan las camisas del hombre de Montehermoso en los puños, cuellos, pestañas, lorzas, etc.

El armiento se forma por una cinta larga, delgada y ondeante de la que nacen zarcillos, ordeos y flores de pétalos redondeados. Cuando este motivo se aplica a las faldas de algunos pueblos o en las mantas picadas no se representa en su forma real pues no aparecen uvas ni hojas propias de la vid, pero si se encuentran las tijeretas o zarcillos de volutas muy cerradas combinadas con flores de azahar. Podía ser una amalgama de la flor de la virginidad, con la vid símbolo del amor y de la procreatividad representada en los numerosos zarcillos.

Algunos de estos adornos en el transcurso del tiempo han sido sustituidos transformados por fieltros, bayetas, cordoncillos, botones de nácar ~ espejos.

«Los botones de nácar o pasta se aplican de forma estratégica para suplir los pistilos en las flores y en zonas simétricas de los corazones o para dispersarlos ordenada o arbitrariamente entre los motivos principales. Tal vez nos recuerden las hojuelas o lentejuelas de metales que llevaban los tocados cortesanos».

El espejo es el elemento más discutido y a la vez más legendario de todos los adornos. Debe rechazarse que el que existieran tres tipos, al menos en su pureza original. Su presencia sustituye a la rosa de la fecundidad.

Estuvo muy bien elegido el cambio y la leyenda tejida a su alrededor. Se ha sabido cargar de simbolismo asociándolo la condición de soltera, casada o viuda, cada uno de los tipos de espejos.

La mujer soltera lleva un refulgente espejo, *«proclamando la fecundidad*

potencial de la mujer a la que envuelve y cubre de luces sin espacio para las sombras». (Dr. Sayans)

«El sol se funde en la mujer casada manteniéndola a la fecundidad, esperándola y amparándola en su seno. En ambos estados o situaciones la luz esplende, brillando sin molestar». (Id.)

«En la mujer viuda no hay luz, no hay amparo solar. Todo en ella acusa aridez, negaciones. Es negra la estampa de su deidad». (Id.)

«Sobra decir que las tres variantes imprimen carácter y modifican el comportamiento y las relaciones humanas de sus personajes». (Id.)

Respetamos como muy valiosa esta aportación del Dr. placentino pero seguimos insistiendo en que se trata de un añadido posterior.

En la práctica las cosas se simplificaban extraordinariamente.

Los flecos de vistosos colores y el espejo se utilizaban por las mujeres solteras o casadas jóvenes. Las viudas o mayores, sin posibilidades procreativas por lo tanto, preferían los colores negro o «morao» y los adornos se reducían con poderosa sobriedad.

Estudiando las razones para el cambio Di! Ángeles González Mena deriva su origen a la sustitución por espejos, de los joyeles tan frecuentes en los tocados cortesanos sobre todo en las gorras del siglo XV a partir de las normas dictadas por los Reyes Católicos.

En teoría, pues los tratadistas están de acuerdo en que el espejo *«alude a la virginidad por lo que solo lo lleva el sombrero de la soltera, le retiran al*

casarse y si enviuda, no le reponen o si vuelven a colocarlo al menos en los últimos tiempos ha de estar roto u opaco».

En la práctica, al menos en los últimos tiempos no se respetará esta

simbología.

En nuestro trabajo importa también mucho los complementos inseparables del sombrero: el pañuelo, el rodete, la cobija y el mismo uso de la gorra o sombrero.

El hecho de cubrirse la cabeza con algún tipo de pañuelo ha sido siempre costumbre muy normalizada en todos los pueblos, tanto para hombres como para mujeres. Recordemos los múltiples pasajes bíblicos.

Se han venido utilizando con una doble finalidad: a modo de sudario o como paño de rostro. En el primer caso servía para enjugar el sudor. El segundo para cubrirse la zona baja de la cara por causas diversas. Recordemos la costumbre mora en donde puede tener origen sobre todo utilizada en los periodos de catamenia como sinónimo de suciedad. Hasta de seis diferentes formas de utilizar el pañuelo no habla el profesor García Mateos.

El pañuelo doblado en diagonal y la gorra han seguido la misma suerte en cuanto a su utilidad. Se usaba como elemento protector en el trabajo y como adorno en los días de fiesta.

El sombrero de trabajo tenía el ala más ancha, adelantada, para cubrirse el rostro, mientras el pañuelo resultaba indispensable para limpiarse con facilidad el rostro.

En este sombrero de trabajo apareció en algunos el espejo frontal a fin de arreglarse después de las faenas agrícolas y presentarse en el poblado con las atracciones de que siempre ha presumido el género femenino.

Esto no significaría descargarlo de sus concomitancias eróticas. Al contrario, la mujer obraba así para no verse privada en ningún momento de sus atracciones específicas.

El mismo sombrero y el mismo pañuelo fueron ricamente *«engalanados de forma que han resultado ser los más lujosos, vistosos, llamativos y originales tocados dentro de los populares conservados en España»* (M^ª A. González Mena).

No vamos a entrar en este trabajo en la polémica del uso de o entre pañuelo y gorra.

De la cobija tampoco hablamos porque se utilizaba solo para actos de tipo religioso incluidas bodas. Desde luego es símbolo de sumisión, de humildad referida desde luego a Dios y en el matrimonio también el varón en

aquellos momentos en que la mujer se le imponía el yugo de las velaciones.

Al llegar este instante debemos añadir que el traje de Montehermoso se compone de una serie muy compleja de elementos: justillo, jugón o jubón, blusa, mandil, faltriquera, medias, calzados, mantillas, ligas, cintas (sobre todo la de «sigueme pollo»). Inicialmente apenas llevaban ropa interior como camisa o enagua. Todas estas prendas se labraban en consonancia con las gorras o sombreros cargándose a los adornos de los mismos elementos rituales.

Lo más llamativo son las mantillas, nombre genérico con que aquí de denominan las faldas montehermoseñas. Llegaron a usarse hasta ocho o nueve en las familias pudientes y para el día de la boda. En este caso, como el peso podía llegar hasta los diecisiete kilos, la novia era ayudada por una amiga para que hiciese las veces de ciríneo. Si aguantaba era felicitada como la heroína, digna pareja de un labriego.

Recordemos para comprender todo esto que a las clases pueblerinas les estaba prohibido utilizar paños finos, propios de la nobleza.

La norma exigía dos o tres sayas, de colores amarillo, azul y verde para las

interiores y «en color de mibranga con amplia faja inferior tan ancha como la cuarta del obispo».

Esta comparación «cuarta del obispo» es curiosamente interesante. Como las faldas o mantillas de Montehermoso resultaban extremadamente cortas y no llevando ropas interiores y menos pololos, cuando las mujeres iban a buscar agua enseñaban, como se decía entonces, «las nalgas», escándalo para la pulcritud de aquellos tiempos. Tuvo que intervenir la autoridad eclesiástica mandando alargarlas una cuarta.

La picaresca supo encontrar formas para que solo existieran apariencias. Por eso se obligó a poner la cuarta alargada con un color distinto aunque complementario pero las medidas de la cuarta siguieron con tan reducidas dimensiones. De aquí nació la famosa «cuarta del obispo».

En cualquier caso contemplar una beldad montehermoseña con sus amplias mantillas, muy ceñidas a la cintura para realzar los encantos femeninos, al sombrero alto, único, es todo un monumento, que aún en nuestros tiempos nos causa placentero embeleso.

y cuando se acomodan su rodete o rollo sobre la cabeza portando cántaros de agua, nos obligan a pensar que son las famosas caríatides de los templos griegos resucitadas en Extremadura.

Para un estudio riguroso y para rectificar el desprecio que han utilizado determinados autores que se han dedicado al estudio de las gorras de

Montehermoso se hace necesario el estudio de las también gorras o sombreros de otra región serrana, próxima a Extremadura, que también fue Extremadura y placentina y por supuesto con algo más que cabida en las tierras que decimos de los Vettones.

Se venían asignando estas prendas a una serie de pueblos cercanos a Barco de Ávila, principalmente a Bohoyo y Horcajada. Querían incluso encon-

trar una diversificación de modelos, característica de cada uno de los poblados. No hay razones suficientes para convertir a cada uno de esos pueblos en la cuna de este típico atuendo. Ciertamente ha sido utilizado y con frecuencia aún lo utilizan en las dos localidades. Pero esto no autoriza a que se les adjudique en exclusiva el lugar de su nacimiento.

En Bohoyo, un pequeño pero ancestral pueblo de las cercanías de Barco de Ávila encontramos a la Sra. Vicenta que sigue fabricando artesanalmente las gorras en cuestión. Ella misma elige los diversos modelos y los realiza indistintamente sin una asignación obligatoria a los lugares de venta y uso pero enclaustrada en unas pautas heredadas.

Hemos llegado al convencimiento, después de examinarlos, que coinciden esos adornos con los principales de Montehermoso: estrellas, soles, margaritas, flores y corazones. Entre los colores muy diversos destacan principalmente el azul y el rojo. y las figuras mencionadas ocupan los lugares preferentes del centro o de los laterales.

El las Casas, un barrio anejo a la Horcajada, hemos encontrado a la Sra. Fabiana y después de una amplia y profunda entrevista hemos llegado a idénticos convencimientos que en el pueblo anterior.

Luego hemos hecho un amplio recorrido por otros poblados para llegar a la conclusión muy clara de que en la antigüedad el típico sombrero se utilizó en una amplia zona de las provincias de Ávila y Salamanca. Aunque algunos pueblos no lo recuerdan la mayoría sí.

El centro de esta región coincide con el poblado de Vettón de «El Berrueco», situado en un monte aislado de cuya existencia se han hecho amplios e interesantes estudios, dada su relevante importancia. El lugar está situado muy próximo, precisamente a Hoyorredondo.

El que el lugar de origen se lo disputen varios pueblos como Bohoyo, Hoyorredondo, Cardeñosa o la Horcajada, por citar unos cuantos de nom-

bres, nos confirma nuestra tesis de la dependencia y el origen de nuestros antepasados vettones y celtas.

Apuntamos además otro dato: todos estos pueblos tienen en sus cercanías «un berrueco». Berruecos, en esta zona se llama a determinados montes

que se elevan aislados, con difícil y vertical acceso y en todos ellos existen ruinas de asentamientos prerromanos.

Las gorras en cuestión se hacen de paja de centeno. Para trabajarla deben ponerse «a mojo» (a remojo) sumergiéndola en agua durante algún tiempo. Una vez humedecida se tejen trenzas muy largas. Con ella se da forma a un sombrero de ala ancha en su parte delantera. Una vez terminado lo adornan en la frente con un corazón de paño custodiado por unas distintas trenzas de adorno en realce y de centeno.

Si la prenda se destina a las mujeres jóvenes lleva unos complementos florados o estrellas que muy bien pueden decirse soles. En el propio corazón frontal se colocan diminutas florecillas, variadas y colocadas con suma delicadeza. Cuando el sombrero lo van a usar viudas o mujeres de edad avanzada, se prescinde de los adornos. El corazón es negro, sin flores y únicamente tiene los remates de paja de centeno.

Se trata de un trabajo sobrio, difícil, que exige varios días de entrega pues debe ir forrado por dentro con colores vivos o negros según el tipo. Su precio, en el lugar de producción, se aproxima a las seis mil pesetas.

Algunos autores han querido ver una estrecha relación entre este sombrero de Ávila y el más sofisticado de Montehermoso. Ciertamente la estructura general de los dos sombreros obedece a un idéntico patrón. Los adornos coinciden en sus motivos: variadas florecillas, corazones y soles.

Las raíces, al menos, de estos adornos las encontramos en las preferencias de los pueblos ibéricos y celtas, establecidos en estas regiones. Pueblos

que creían en una estrecha relación entre Dios - Hombre - Tierra.

La conjunción de corazones y de flores tiene un profundo significado, como el nacimiento de los hijos surgidos del amor o el corazón enamorado lleno de vida y primavera o las flores silvestres que el mozo cogía en el campo para ofrecerlas a su amada (Recuerdese las enrarnás).

Las espigas reducidas a trenzas o canutillo, saliendo del corazón son símbolos del amor sacrificado que dará los hijos, los buenos frutos humanos. Las margaritas o soles presagian la buena estrella para conocer el destino mágico de la vida. Las flores son el fruto, la promesa, esperanza de vida y fecundidad.

Indudablemente la Sra. Vicenta en Bohoyo como la Sra. Fabiana en Las Casas no saben nada de esta simbología. No lo necesitan. Nos basta con que ellas hagan lo que se ha hecho siempre. Y ese siempre nos lleva a enlazar con nuestros grupos étnicos primitivos que en todos estos casos tuvieron su asiento en los altos berruecos que se encuentran en sus cercanías.

Queda por responder un interrogante que nos venimos planteando al tratar estos temas. A las artesanas expertas les hemos preguntado por el espejo que alguna vez llevaron estas mismas prendas reemplazando el corazón frontal. Nos decían que no se fabricaba.

No quedamos convencidos de su afirmación y hemos seguido investigando el encuentro de gorras con espejo. Y las hemos encontrado precisamente el ejemplares del siglo pasado. En Junciana y en Becedas las hemos tenido en nuestras manos. El ejemplar de Junciana nos ha demostrado que el espejito se convierte en lugar central de los adornos y a su alrededor giran los demás.

La pregunta que se nos plantea ahora es la misma que la de los gorros de Montehermos y Garganta la Olla en la provincia de Cáceres: el espejo ¿es anterior, posterior o concomitante con los otros adornos?

Resulta difícil dar una respuesta definitiva.

La esencia del significado no se altera porque el espejo también es luz, sol, vida y por lo tanto atributo étnico de las mismas características. Nos habla del idéntico pasado ancestral, demostrando los conocidos significados trascendentes.

junto a esto añadimos que el espejo tuvo una utilidad práctica: servir de utilaje para después del trabajo y estas a punto en cualquier momento que llegara el mozo de sus sueños.

Con estas premisas se desvela un poco el misterio del espejo y se le quita la trascendental importancia que quieren darle algunos autores.

A nuestro parecer y por razones técnicas y aceptando rices de tipo ibérico, se debe afirmar que el espejo es un añadido posterior. Una ditamento en épocas de un mayor refinamiento de la coquetería femenina. No va más allá del siglo XVIII. Hacerlo contaminación de las gorras de otras regiones como pudo ser el sombrero serrano de Garganta la Olla, tampoco resuelve sino desplaza la cuestión. Aún suponiendo que la danza a que se refiere Cervantes en su Gitanilla sea la misma de Garganta la Olla, en el relato nada se dice del adorno del espejo, que formaría parte del penacho de flores que llevaban las gitanas en su cabeza.

Cuando cobró carta de naturaleza alternó con el corazón, las estrellas y los demás adornos. Incluso en algún momento pudo desplazarlos para determinadas regiones.

Las orientaciones actuales se han decidido por comarcas no sólo para el espejo sino para el resto de los adornos centrales. Pero en los comienzos no fue así.

Han influido decisivamente los gustos del mercado. Nos parece perjudicial sobre todo para el sombrero de Montehermoso que se ha decidido por el

espejo como adorno único.